

EL AMOR EN LA ESPIRITUALIDAD Y EN EL APOSTOLADO

Julio ARMESTO.

Las obras auténticamente científicas y de investigación teológica corren hoy el peligro de quedar relegadas por buena cantidad de lectores ante la avalancha de libros de divulgación que, más breves y de lectura más fácil, nos ofrece la actualidad editorial.

Por ello creemos prestar un servicio a nuestros lectores al destacar, fuera de los estrechos límites que impone la sección de «Bibliografía», una obra recientemente publicada que constituye un hito importante en el estudio tanto de la obra y doctrina de San Juan Bautista de La Salle, como de la espiritualidad del educador cristiano¹.

Su autor, joven religioso y teólogo lasaliano, es conocido de los lectores tanto por sus artículos como por sus agudas recensiones. La obra que presentamos es el resultado de varios años de paciente investigación y de reflexión teológica. Con ella obtuvo de la Universidad de Letrán la máxima calificación en su Doctorado en Teología.

Estudia en ella lo que ha de ser el centro y la característica más importante del educador: el amor. Y ello partiendo de la doctrina de uno de los educadores más eximios (¿y más desconocidos?) que ha dado la Iglesia.

Recurrir a la contemplación del diversiforme siglo XVII francés era imprescindible para columbrar el vaivén de influencias que gravitaron sobre La Salle y no escribir con los ojos en

1. Luis DIUMENGE PUJOL, *El Amor en la Doctrina espiritual de San Juan Bautista de La Salle*, Inst. Pontificio San Pío X, Salamanca 1971, 549 pp., 24x17.

blanco. El hombre no puede medirse por los mismos patrones. Pecaría gravemente de estrabismo quien aplicara los de nuestra época y se obstinara en no entender la evolución que preside en tantísimos aspectos.

Desde el primer momento el autor trató de aprehender el pasado a través de un pensamiento vivo y comprometido. Del crisol de los documentos emergen eminentes personalidades que perfilan el dominio del amor.

Juan Bautista de La Salle aglutina la faceta del hombre, del fundador y del santo. El sistema de su personalidad es un producto complejo de dotación biológica, modelación cultural, estilo cognoscitivo, y tanteo espiritual. Mas la realidad profunda de su ser reside en la forma cómo Dios le mira en Cristo, en su existir temporal.

¿Qué lugar ocupó La Salle en el firmamento de la Espiritualidad francesa? Durante más de dos siglos se le conoció exclusivamente como pedagogo. Felizmente hoy se trabaja en vigorizar la vida de un hombre formado en la escuela del Espíritu. Posee su originalidad, su «carisma». Tuvo que crear un camino de vida espiritual para un grupo enteramente nuevo en el seno de la Iglesia.

El carácter extremadamente pragmático de la primera plantilla de maestros hubiera entretejido sinnúmero de dificultades a otro hombre menos conspicuo que La Salle. Ellos fueron la causa instrumental de la que se sirviera el Artífice para conducir al prebendado remense por la vía del abandono. A partir de aquel momento resultaría fácil dialogar con ellos en orden a establecer los rudimentos de la perfección. Transferirá el entero complejo de la vida exterior a una zona exclusivamente sobrenatural. Aboga por una espiritualidad simple pero de marcado rendimiento. Sector en el que no caben ni las disquisiciones ni las sutilezas. O se acepta o se rechaza. Accesible a todos, permite rápidos progresos por comprometer el alma a fondo. Unifica la vida espiritual y apostólica en un todo.

Otras espiritualidades acentuarán la grandeza e inmensidad de Dios, el océano profundo de la comunión intratrinitaria, la majestad del Todopoderoso. Sin descartar la faceta teocéntrica, el alma lasaliana buscará de preferencia la voluntad, el beneplácito, el amor de Dios.

El iter del trabajo indaga el movimiento del amor a través de una triple fase que inaugura, a su vez, las distintas secciones de la tesis: fuentes, dinamismo y plenitud del amor.

La Salle descubre el hontanar misterioso de la caridad en Dios. El Ser que ha de serlo todo en todos, que debe constituir el descanso de la creación y el estuario de su historia, no es otro que el Dios de la revelación. El Padre, al donar todo su ser, es Padre por esa misma donación. Y el que recibe el don, es Hijo. Todo ello en un proceso que se renueva sin cesar y que nunca se agota. El Espíritu, en definitiva, es la superabundancia de la Divinidad, el producto de su amor y la suprema representación de su vida.

Las relaciones que el Hermano entabla con cada Persona repercuten en su vida individual y comunitaria. La dinámica del amor traspasa las fronteras de la vida cristiana para descubrir nuevos paisajes en un mundo de generosidad y entrega. Si el hombre de Reims adquiere tanto relieve hay que buscar la explicativa en su amor. Los que aman a muchos, y muy intensamente, tienen poder sobre muchos, y un poder muy intenso. Para decuplicar ese radio de acción quiso que los Hermanos se incorporaran a una comunidad destinada a dar testimonio de la presencia del Reino.

El centro del cristianismo es el amor de Dios manifestado en el Logos divino, aparecido en la carne como gracia, gloria y verdad. Su epifanía entre nosotros despertó excepcional interés hace tres siglos. Quien desconozca la teología de los misterios y estados de la vida de Jesucristo se halla incapacitado para comprender la superioridad de un amor que se despeña en cascadas de bondad misericordiosa. Al descubrir el amor de Dios en Cristo, el hombre adivina qué cosa sea el genuino amor. Al propio tiempo experimenta irrefutablemente, que él, pecador y egoísta, no sabe amar.

En el instante en que La Salle bosqueja su concepción del amor una sima separa la religión de la vida. La ruptura entre la fe y la misión terrestre resulta total pese a los esfuerzos del Doctor de la Caridad. En busca de esta multiseular concepción maniquea hubiera sido interesante realizar un inventario amplio y a fondo, aguas arriba de la historia, hacia las fuentes de este desvincularse de la corriente evangélica. Juan Bautista no intenta remontar el canal sino oponerle un dique. Tiende a descubrir el misterio de la caridad que, después de la Trinidad y Encarnación, ocupa el tercer lugar en la economía salvífica. Al cifrar en el amor la médula de la perfección no aprisiona a sus discípulos bajo idéntico molde. Respeta las virtualidades de cada uno. Por eso creyó que la vida moral del educando debía pro-

ceder del venero de la caridad. Entonces la vida, síntesis de libertad y creación, aparecerá tal como es: un poema de amor que brota simultáneamente del corazón de Dios y del hombre.

El Fundador figura en primerísima posición dentro del movimiento catequístico francés. El vasto prólogo al desarrollo de los Mandamientos merecía mayor atención por parte de los críticos. Su originalidad radica no tanto en haber sintetizado en dos los deberes del cristiano sino en la explicitación concreta de que cuanto pueda adicionarse responde, en definitiva, a la categoría del amor de Dios.

En otro orden de cosas, si la gracia no hubiera operado la comunidad de vida entre Dios y el hombre, el amor se reduciría a una adoración respetuosa que excluye al prójimo. La diaconía de la caridad empero alcanza su pulcritud mediante la dimensión horizontal.

El precepto de amar a Dios sobre todas las cosas no alimenta, en abstracto, dificultad alguna. En lo que va de ayer a hoy una intrincada problemática obtiene disco verde. Aspecto cronológico que explica la ausencia de cualquier análisis en torno al amor de sí mismo que debe posponerse al amor de Dios.

El amor de Dios es la razón del amor al hombre. Y éste, rectamente entendido, no resulta más que una manifestación del amor a Dios. Existen diversas modalidades para interpretar el motivo de la caridad. Por defecto, reducir el amor de Dios al amor del prójimo equivale a negar la existencia de un móvil sobrenatural. En el extremo opuesto figura la opinión de quienes asimilan la caridad con el prójimo al amor de Dios. Lo que mueve al cristiano no es el prójimo sino Dios en él. En este caso el hombre se esfuma ante Dios mientras el mandamiento reza meridianamente: «Amarás al prójimo». Si bien es obvio que determinados textos lasalianos entroncan con esa dimensión, resultaría ingenuo cuadrar simplemente tan extensa doctrina.

El repetido martilleo de las citas del Fundador aboga por la vía intermedia o mística que considera al prójimo como miembro de Cristo. El amor acendrado al pobre le hizo romper el cristal que lo separaba de su mundo. Aquel cristal que se llama dinero, educación, privilegios e, incluso, deber.

La caridad frutece en la consagración incondicional a Dios. Toda la teología de la vida religiosa se compendia en el «habitare in unum», eco del «habitare in Christo».

La doctrina sobre el espíritu, las virtudes votales, las relaciones fraternas, la misma finalidad del Instituto... carecerían

de valor sin el fermento de la caridad. Por todo ello el amor constituye la realidad primera para el redactor de las Reglas. No sólo en la jerarquía de valores y en el orden de los fines sino también como principio y motivo de acción para el lasaliano.

La consagración religiosa y la dimensión comunitaria no bastan para definir al Hermano de las Escuelas cristianas. Si existe en la Iglesia el Instituto es con el fin de laborar por la salvación de los hombres y procurar la gloria de Dios. Su finalidad es, pues, esencialmente apostólica. La urgencia del Reino integra en la vida de cada religioso cualquier dicotomía entre cuerpo y espíritu, acción y contemplación, mundo y trasmundo.

Desbordamiento de caridad que halla su pleroma en la vida eterna. Allí toda vida será amor. Y sólo existirá el amor. La medida del amor será la medida del estar allí. Quien en esta vida ha aprendido mucho amor, tendrá allí mucho que amar. Todos aquellos a quienes el lasaliano amó, estarán allí junto a él, gracias a su amor. Y siguiendo la metáfora del Apocalipsis diremos que todo cuanto él ha amado constituirá el radio de la ciudad, la zona en la que él more y se sienta feliz, ya que su amor se extenderá por todo ese círculo con toda su amplitud e interioridad.

De La Salle fue una naturaleza profundamente interior. A causa de las superiores dotes de su espíritu, Dios le dotó del carisma de Fundador. Ni la actividad escolar y literaria, ni la casi continua aplicación a las necesidades de la vida práctica fueron suficientes para distraer su espíritu y turbar su vida de fe. En las contingencias exteriores tenía su vista fija de continuo en el centro de todo ser y de toda verdad. Su corazón pertenecía a aquel que se define como Amor. Supo, llegado el caso, dejar a ~~Díos~~ por Dios. Porque cuanto más endiosado vive el hombre, más necesario le resulta ocuparse del mundo.

La historia de la vida de Juan Bautista de La Salle equivale a la historia de su caridad para con los niños. Y el mejor monumento que elevara, la institución de las escuelas cristianas. Su finalidad radica en encontrar al prójimo para comunicarle la buena nueva por pura gracia.

La elevación de fines que presenta el ministerio apostólico presupone forzosamente una batería de medios del mismo nivel. Desde siempre la espiritualidad del educador lasaliano ha ocupado a los investigadores. Con motivos más o menos válidos plantean la problemática en torno a la relación entre la vida interior y el apostolado.

Quizá la mayor aportación del H. Diuenge radique en su análisis de la Gracia del Apostolado y su vertiente santificadora. Aspecto que aparece descrito en los «Dévoirs d'un Chrétien» y en las meditaciones de S. Andrés, S. Bartolomé, S. Felipe, S. Mateo, S. Bernabé y S. Pablo. Esa gracia del apostolado, participada por el Religioso Educador, es cristiana, santificante y carismática, plena y propia de los Doce.

La presente tesis refleja los conocimientos de la heurística por parte de su autor. Así como de las dos ramas auxiliares: biblioteconomía y bibliografía. Su familiaridad con las fuentes y literatura espiritual constituyen la resultante de muchas horas de trabajo en las bibliotecas de Salamanca, París, Reims, Estrasburgo, Lovaina, Heverlee y Roma. El trienio que invirtió en la formación de los jóvenes Hermanos de la provincia religiosa de Cataluña le capacitaba sobradamente en el orden de la bibliografía espiritual lasaliana.